

sas! En esos monasterios y conventos solitarios, levantados en el monte, en el campo, ó en la ciudad, á la manera que el blanco y fragante lirio se alza entre las punzantes espinas..., á media noche..., cuando los hombres, cansados de sus trabajos manuales ó de las fatigas del placer, yacen tendidos..., en medio de quietud sepulcral...: voces angelicales, acompañadas de las armonías del órgano, se dirigen del coro al tabernáculo; los espíritus angélicos durante el canónico oficio no hacen más que pasear el silencioso templo, llevando del coro al sagrario las oraciones, y devolviendo del sagrario al coro las bendiciones y mercedes otorgadas por Jesús Sacramentado. Y todas estas bellas solemnidades, á pesar de la fiera revolucionaria que, embriagada de odio, clama el *tolle tolle* de los conventos, son presenciadas hoy todavía, y si se quiere con mayor entusiasmo que antes: me refiero á las comunidades religiosas dedicadas á venerar la augusta Eucaristía, que, entre nubes de incienso, luces ordenadas, cánticos eucarísticos y armonías arrobadoras, elevan al Dios de la Hostia las plegarias y los afectos del corazón.

2. Unos y otros, tanto la actitud de los santos de la ley antigua, como la de los primitivos cristianos, tanto las prácticas de los siervos de Dios, como la de las comunidades religiosas, suspiraron por la feliz, por la hermosísima idea de las Vigilias de Adoración Nocturna á Jesucristo Sacramentado. Aquí hemos llegado ya al punto más esencial del discurso.

¿Qué es la Adoración Nocturna, qué pretende, qué espera, qué consigue? No creáis que vengo á enunciar un tratado sobre la Adoración; vengo, sí, á poner de relieve cuáles son sus noches, como os he presentado las noches de los patriarcas y profetas, las noches de los primeros fieles y siervos de Dios. No son las Vigilias de Adoración meras recreaciones devotas en que los socios van á pasar el rato con la recitación de algunas preces; no son las Vigilias de Adoración un nuevo modo de liturgia en el que ha de predominar la autoridad seglar con detrimento de las leyes canónicas establecidas; no son las Vigilias de Adoración un modo

lujoso de cortejar al Sacramento del Altar; no son las Vigilias de Adoración nada de todo esto. Son estas Vigilias, medios poderosísimos para purificar las conciencias; que para el efecto se ordena la recepción mensual nocturna de los santos sacramentos. Son estas Vigilias arte magnético para enfervorizar los corazones y matar su dureza, que para el efecto se determina la exposición litúrgica del Santo Sacramento, y la recitación grave y pausada de su bello Oficio canónico ante la divina presencia. Son estas Vigilias el espíritu del Cristianismo en acción práctica, espíritu humilde, sumiso, caritativo; que para el efecto se manda que, en lo que respecta al objeto y fin de la Adoración, sean los socios en todas sus cosas y personas obedientes y sujetos á la eclesiástica autoridad. Son estas Vigilias fuente de riquezas espirituales y sociales, pues sabe y puede atraer las almas á Cristo, y conservarlas en unión de perfecto amor. Todo esto son las Vigilias de Adoración Nocturna al Sacramento del altar.

¿Qué diré de su prudente y sabia y perfecta organización, de su acertada y puntual y fervorosa acción, de sus útiles y santos y admirables resultados? Una Vigilia de Adoración Nocturna es el espectáculo más conmovedor que pueda apetecer un fervoroso católico y pueda hallar un ciudadano. Imitadores perfectos de los primitivos fieles, los socios de la Adoración Nocturna pasan las horas de la noche con todo orden y religiosidad, adorando rendidamente al Santísimo Sacramento, orando y suplicando humildemente, cantando con alegría, lavando sus manchas en el Sacramento de la Penitencia, y santificando su corazón con el Sacramento del amor. ¡Qué momentos tan preciosos los que se suceden en una Vigilia de Adoración: hombres de distinta edad, de diversa condición, de diferente oficio, congregados bajo bóvedas sagradas, calentados con un solo fuego, con el fuego del Altar, y fundidos en el Dios á quien adoran! ¡Qué unión tan perfecta! Nos parecería estar trasladados á la gloriosa época de los ágapes cristianos.

Su fin es adorar á Jesucristo en el Sacramento; es reparar las ofensas á Él inferidas; es acompañar al Dios prisionero en su soledad; es orar por sí y por los demás, por amigos y enemigos, por deudos y extraños, por todos; es unirse á Jesucristo; es amar; es dar gloria á su Majestad divina; es, en una palabra, ser mejores ciudadanos y cristianos más prácticos. ¡Ah! ¿por ventura en alguna institución humana búscanse fines más altos y más útiles?

Pero, ¿qué es lo que espera? La esperanza de la tranquilidad del espíritu, la esperanza de la satisfacción del corazón por haber cumplido con el deber respectivo, son en esta vida la más completa felicidad que se pueda desear. La esperanza de la final perseverancia, la esperanza de la gloria venidera, son también las únicas esperanzas satisfactorias en lo que respecta á la vida futura, y es cierto que tales hermosas esperanzas, coronas laureadas merecidas por los fervorosos Adoradores Nocturnos, pueden éstos con justicia abrugarlas, pues el Dios Sacramentado á quien aman no puede faltar tampoco á sus promesas magníficas.

¿Lo conseguirán? Y, ¿cómo no? ¿Acaso no vemos todos los días en los Adoradores de buena fe una conciencia recta, un espíritu recogido, una caridad cristiana, un fervor laudable? ¿No contemplamos con gusto ese compacto núcleo de católicos, formado á expensas de esta bella institución eucarística? ¡Ah! los que trabajan en este mundo por la gloria de Dios y por el bien de los hombres, no pueden por menos de gozar del incoado premio en este destierro, para disfrutarle por completo hasta la saciedad, en la verdadera y única ciudad libre del cielo.

PARTE 2.^a

Al terminar la primera parte sólo me falta recoger la conclusión precisa, que es el primer punto del tema propuesto. Creo, pues, que habréis podido juzgar de mis anteriores razonamientos, luego que hayáis meditado sobre los altos fines de la Adoración Nocturna y sobre su esencia y fines elevados, tener derecho para afirmar con toda libertad que

esta obra eucarística es la más simpática de todas las conocidas. Entremos ahora en la parte segunda, en la cual prometo ser breve.

8. Dije que la Adoración á Jesucristo Sacramentado durante la noche es una de las imperiosas necesidades de los actuales tiempos. En primer lugar porque repara de un modo especial los agravios inferidos al Salvador en el Sacramento. Mirad cómo está el mundo; reparad cómo se halla alejado constantemente de la Iglesia; contad, en consecuencia, su mala fe, sus injusticias, sus crímenes. Lo estamos diciendo todos los días y á todas horas; es el tema ordinario de los políticos y de los campesinos, de los sabios y de los ignorantes, de los hombres de toda clase y condición. Nos hallamos mal, se dice; esto se va, se cae, se derrumba, se precipita, se hunde. Creemos que á nuestras puertas se halla ya el cataclismo universal, la muerte, el caos; y todas estas desgracias no obedecen ciertamente más que al pecado. ¡Ah! tanto daño, tanta maldad como se comete en el día necesita de grande reparación. Jesucristo, en el más hermoso de sus misterios es insultado, escarnecido, profanado, sacrílegamente tratado. Y estos repetidos crímenes perpetrados por toda clase de individuos quedan impunes en su mayor parte, y, aunque no quedaran, su gravedad sube al cielo y en el cielo piden terrible venganza contra sus perpetradores y contra sus cómplices... Y ¿no habrá quien se coloque al lado del altar y lllore con el Salvador tanta desgracia? Y no habrá quien, además, desarme su irritado brazo ofreciéndose á sí propio en sacrificio para calmar la justa cólera divina? Y no habrá quien, imitando á los sacerdotes levíticos, puesto entre el vestíbulo y el tabernáculo, gima y ruegue por los desdichados?

Para todos estos altos fines se necesita estar exento de la levadura del egoísmo; el reparador es y debe ser hombre de sacrificio; se ha de sobreponer á sus comodidades, á sus intereses y á sus placeres, y este hombre lo encontramos en el Adorador Nocturno que, abandonando hasta las recreaciones lícitas, los intereses y las comodidades, se sa-

crifica en su persona, pasando por lo menos una noche mensualmente al lado de Jesús, llorando con Él y rogando por los demás, y sacrifica al propio tiempo sus intereses, alargando una limosna para sostener el placentero culto de la Adoración. La reparación de las ofensas inferidas al Dios de los altares es necesaria en cuanto que por ella se logra la conservación del mundo, y este fin lo llenan perfectamente las Vigilias de la Nocturna Adoración. Ella es, pues, necesaria actualmente.

9. También lo es en cuanto que por razón del abandono en que los cristianos han dejado al Divino Jesús Sacramentado, los Adoradores le acompañan en su triste soledad. El Salvador vino en busca de los hombres para romper las pesadas cadenas que les aprisionaban, y es cierto que los hombres, en formidables masas, seguían sus adorables pisadas; pero hoy los hombres en general han desertado ignominiosamente de su amable compañía y no aprecian á Jesús; son traidores á su Causa, á su Capitán, á su Rey. Ved ahí que Jesucristo Sacramentado llama á las ovejas descarriadas, y estas descarriadas ovejas desoyen su voz; muéstralas su Divino Corazón para que en retorno le alarguen el suyo, y ellas, con sarcástica risa, le vuelven las espaldas; invítalas á que busquen consuelo en su amor sacramentado, y ellas, con infernal desprecio, procuran los goces en los ilícitos placeres; convidadas á un rato de santa conversación en la soledad del sagrario, y ellas, encogiéndose de hombros, prefieren los opíparos banquetes humanos ó las cebollas podridas del moderno Egipto. ¡Oh desorden lamentable de la inteligencia humana! ¡Oh corrupción completa del humano corazón! Aquélla en medio de la luz no ve; éste en medio del bien no goza.

Recorred ahora todos los países del mundo, penetrad en las glaciales regiones del Norte y en los abrasadores arenales del Sahara; echad una ojeada sobre los civilizados y sobre los bárbaros, contad todos los individuos, y decidme si hay tan sólo alguno que no haya recibido de Jesucristo la gracia general, los frutos de su pasión y muerte. Por todos

los hombres murió el Salvador; todos ellos son deudores á un don tan inmerecido, y no obstante, semejantes á los nueve leprosos que no rindieron las gracias á Jesucristo, después que les hubo curado, ¡cuán pocos son los que se acercan al templo para agradecerle sus dones! ¡cuán pocos los que lucran ese perpetuo y santo jubileo que el Dios Hombre en el Sacramento de los amores ha fijado para bien de sus hermanos!

Se visita á los amigos, á los extraños, y hasta á los enemigos, cuando la conveniencia lo exige; sólo Jesús Sacramentado, nuestro mejor amigo, nuestro Señor y nuestro Padre es olvidado. Se procura la compañía de personas jóvenes, de personas graciosas, de personas hacendadas é influyentes: sólo Jesús Sacramentado, el joven eternamente por esencia, puesto que jamás envejece; el más gracioso, ya que la gracia universal se halla difundida en sus labios; el más rico y el más influyente, puesto que lo puede todo, es olvidado, es abandonado. Se procura verlo todo, conocerlo todo, participar y gozar de todo: sólo Jesús Sacramentado, el mayor Bien, la única esencial Belleza, la óptima delicia, es rehusado.

Y, ¡qué soledad! No es la soledad de la viuda la más triste, ya que se halla quizá rodeada todavía de amables hijos y de cariñosa familia que enjugarán sus lágrimas; no es la soledad del huérfano la más amarga, porque sin duda se encuentra asistido de reconocidos deudos que le ayudarán en sus trabajos; no es la soledad del amigo la más cruel, porque otros amigos encontrará que compadecerán su desgracia. Pero la soledad de Jesucristo Sacramentado es la más triste, porque tiene hijos que le son ingratos; es la más amarga, porque tiene hermanos que le desprecian; es la más cruel, porque tiene amigos que le insultan ó le han olvidado. ¡Ah! mientras se pasa una hora en casa del amigo desvalido, mientras se desliza insensiblemente una tarde ó una noche en el café, en el sarao, en el teatro; mientras se multiplican los días sentados en infernal garito, jugándose los intereses y el honor, no se puede estar una noche, una

tarde, una hora, un momento en el templo acompañando al amante Jesús. ¡Qué inconsecuencias tan deplorables!

Pero, ¿qué digo? El socio de la Adoración Nocturna es el valiente cruzado que toma las armas del sacrificio, y, escupiendo en el rostro á los seguidores del mundo, entra de noche en el templo cuando Jesús está más solo; y constituido en temible soldado de guardia, vela con Jesús, acompaña á Jesús y ruega por los que no le acompañan en su penosa soledad. Este socio logra enjugar ciertamente, por medio de sus actos eucarísticos, las ardientes lágrimas del Salvador, el cual, serenado, promete nuevas bendiciones á los hombres. Vedles, sí, vedles de rodillas sobre el modesto reclinatorio, ante la augusta Majestad del Sacramento santo, orar y conversar largo rato con esa Majestad divina. Á los adoradores no les dirá el buen Jesús lo que á los apóstoles dijo la noche de su Pasión. ¿No habéis podido velar tan sólo una hora conmigo? porque ellos velan y le acompañan largas horas. Contempladles otra vez, y fijaos en sus alegres rostros; esos encendidos rayos que parten de la Hostia inmaculada, han llegado hasta ellos y les han herido; sus frentes serenas y brillantes reverberan el brillo de los resplandores sacramentales. ¡Ah! cuán grande es el hombre cuando se acerca á Dios! ¡cómo se endiosa en contacto con la Divinidad envuelta en los accidentes eucarísticos!

10. Por todos estos poderosos motivos las Vigilias de la Adoración Nocturna se vuelven hoy necesarias. Pero aun hay más; no sólo son necesarias por lo que acabo de exponer, sino muy en especial porque constituyen un divino resorte para atraer los católicos á Jesucristo, y un maravilloso medio para que, una vez atraídos, se unan en estrecho é indisoluble lazo. Con efecto: todos sentís hoy una frialdad grande en medio del Catolicismo, frialdad que, extendiéndose desgraciadamente á las extremidades del místico cuerpo de Jesucristo, retarda la circulación de la sangre divina, la impide y haciendo imposible en él la vida, paraliza sus necesarios movimientos. Todos sabéis también que esta frialdad de muerte consiste entre católicos en

la falta de la caridad cristiana, de la cual decía el Apóstol (1) que es paciente y benigna, que no se incomoda por nada y que pasa por todo. Este resfriamiento grave, esta falta de energía, ha producido la desunión de los hijos de Dios, ha roto la túnica inconsútil de Jesucristo; y como todo reino dividido entre sí quedará destruído, según la infalible sentencia del Salvador, (2) los católicos así divididos, si el Señor no lo remedia, y si los llamados á trabajar se duermen en la viña, indudable, necesariamente perecerán. Creedlo: es un pesimismo que me hace desconfiar de la solución del más terrible á la par que trascendental problema entre los católicos y las sociedades cristianas. Se anuncia, se escribe en revistas, en folletos, en diarios; se predica desde el púlpito y desde las columnas de las pastorales dónde está la solución, qué medios deberán emplearse para entendernos mutuamente; pero la unión parece que tanto más se aleja, cuanto con mayor ahinco se busca. ¡Ah, hermanos! Estamos abocados á una descomunal caída en horrible é inmenso precipicio. La solución se sabe donde está; pero, digámoslo francamente: sea por lo que fuere, por las pasiones humanas demasiado hondamente arraigadas en el corazón, no se la quiere; hasta se le dan las espaldas; se tropieza con ella, y es tanta nuestra ceguera, que en lugar de asirnos á ella nos precipitamos y caemos. Lo he dicho ya otras veces; la solución de la Unión católica está en el amor, está en la caridad de unos con otros, caridad que se ha de fundar precisamente en Jesucristo y ha de partir necesariamente de Él para que, derramándose cual óleo suave en los demás, regrese á su divina fuente. Mientras no haya caridad, mientras no exista sacrificio y sus anejos, la compasión, la paciencia y la humildad mutua, nada habrá; confusión y sólo confusión, caos, y encima el eterno y formidable castigo.

Mas, animaos, pequeña grey; sós ¡oh Nocturna Adoración! el exiguo grano de simiente que, plantado junto á las

(1) I Cor. XIII, 4.

(2) Math. XII, 25.

corrientes divinas del Sacramento, os habéis convertido en pequeño arbusto; pero ¡oh santa esperanza! mañana crece-
réis y llegaréis á ser frondoso y corpulento árbol, bajo cuyas
extensas ramas se cobijarán muchas almas sedientas de ca-
ridad, que serán como los portaestandartes de la Unidad
Católica. Sí; las Vigilias de Adoración Nocturna poseen
cierta especial virtud para trocar los corazones indiferentes,
indecisos, mustios y apagados. El curioso que de buena fe
asiste á una Vigilia de Adoración, siente con alegría levan-
tarse en su alma una ola de interés y de entusiasmo, ola que
al crecer se transforma en deseo vivísimo de asistir á una
nueva Vigilia, y dicha ola crece todavía más, y llega á inun-
dar el corazón, de gozo y de amor á Jesucristo; y cuando
lo ha inundado del todo, el adorador siente que su corazón
se inclina hacia el de su compañero; las relaciones se estre-
chan; los corazones se tocan; las almas llegan á juntarse.
Bendita seas, oh santa Adoración Nocturna, que tantos bie-
nes derramas y que sabes así disponer los ánimos, para
realizar una sólida y compacta y numerosa Unión. Gozaos,
hermanos; gocémonos todos, y esperemos, ya que la Ado-
ración es la blanca nubecilla que Elías vislumbró en Horeb,
la cual, creciendo á prisa, empañó el firmamento de nubes
de agua, que enviaron á la tierra el potable y deseado lí-
quido.

11. He ahí por qué la referida Obra eucarística se hace
tan necesaria en los actuales momentos, ya que tan precisa
es hoy la unión de los católicos para obtener el triunfo del
Catholicismo. Hay otro motivo, empero, que la vuelve indis-
pensable, pues ella engendra y fomenta la piedad, base de
la humildad y caridad evangélicas. Es triste proferirlo, pero
ante una realidad demasiado lúgubre, la claridad se impo-
ne. En efecto, la inmensa mayoría de los cristianos desco-
noce la verdadera y sólida piedad, esa piedad hermana de
la legítima devoción: alta llama que alimenta y aviva el fue-
go del amor y de la justicia en el corazón humano; esa pie-
dad, repito, es desconocida de la mayor parte de los cris-
tianos. Asisten al sagrado templo, es cierto, pero sin devo-

ción; oyen la divina Misa, es verdad, mas sin atención; re-
zan el santo rosario, es positivo, pero sin fervor; reciben
los sacramentos santos, mas por rutina; cumplen con la Igle-
sia sólo por el qué dirán. ¡Oh Dios mío! ¡cuánta miseria
hay en Israel! Vuestras manos quisieran arrancarla, pero los
tibios, los relajados cristianos detienen vuestro brazo. Si el
combustible es indispensable para que haya fuego, y si éste
es necesario para calentar las viandas y hasta para derretir y
fundir los duros metales, el combustible sagrado es el co-
razón del adorador de Jesús Sacramentado, y el fuego divi-
no es esa misma Hostia veneranda que calienta aquel cora-
zón, y puede derretir esas almas metalizadas del día, y fun-
dirlas poderosamente en el espíritu del Señor. De aquí po-
dréis inferir cuán conveniente, cuán precisa es en los actua-
les tiempos la Nocturna Adoración, que prepara buen com-
bustible en los corazones de sus socios para que la llama
que parte con fuerza del Sacramento del amor, prenda en
ellos y ardan continuamente en santos deseos de servir al
Señor, y de ser excelentes ciudadanos. Solamente la pie-
dad, fruto de la acción divino-eucarística, puede acercarnos
á Dios para imprimir en su divina frente, como la Sagra-
da Esposa de los Cánticos, fuerte ósculo de paz; solamente
la piedad en acción puede engendrar la humildad, base y
fundamento de toda virtud, y obtener la caridad seráfica que,
siendo la meta de la perfección cristiana, nos hace felices
con la felicidad de que en esta vida somos capaces; y esta
hermosa gracia de la piedad debemos buscarla en la acción
práctica de la Nocturna Adoración á la que Jesucristo Sa-
cramentado comunica sus pingües tesoros.

12. En conclusión, debemos trabajar todos para que se
difunda por todas partes esta gran Obra eucarística, y para
que los hombres, principalmente los indevotos y los fríos
en el servicio divino, ingresen en ella y gusten de sus finas
delicias, ya que, según he probado, *Ella es la Obra más
simpática de las conocidas*, porque resume en sí misma el
encantador poema que la creación dirige de noche á su Ha-
cedor; porque es perfecto eco de los trabajos nocturnos que

practicaban los antiguos patriarcas y profetas en sus elevaciones al Eterno; porque continúa admirablemente la sublime tradición de los primitivos fieles en las catacumbas, en los templos y en los domicilios privados; y porque es fidelísima copia del fervor de los siervos de Dios en su amor nocturno al Sacramento Eucarístico. He probado también que ella, por cuanto repara las ofensas inferidas á la Majestad del Dios Sacramentado con sus deprecaciones y asistencia al altar; por cuanto le hace grata compañía en esas horas solitarias en que pocos son los que de Jesús se acuerdan; por cuanto atrae y une á los católicos entre sí con su virtud especial; y por cuanto engendra y fomenta la piedad, medio poderosísimo para obtener la caridad, *es una de las necesidades más apremiantes de los tiempos actuales.*

Ahora, elevándoos dignamente sobre vosotros mismos, juzgad cual será la institución adoradora; y los que de ella forméis parte, alegraos, regocijaos, porque pertenecéis al ejército del Dios de las victorias, y porque, santificando vuestras almas, desempeñáis noble y altísima misión en este mundo, cual es la de dar en rostro á los impíos de que aun hay fe y amor sólido en Israel, y la de conquistar con vuestro celo almas á Jesús, la de sumar reclutas al real servicio divino. Creedlo: todo lo vence el amor, y vosotros venceréis vuestras pasiones, vuestros vicios, si alguno los tiene, y venceréis, asimismo, al mundo con sus vanidades. Pero no declinéis del camino por donde andáis; porque entonces vuestros pasos se dirigirán á otro camino de perdición. Los que todavía no tenéis la inmerecida honra de pertenecer á ese dichoso cuerpo de guardia sacramental, envidiad la suerte de los anteriores y daos prisa por ingresar en sus filas. Dios os bendecirá; Dios os protegerá; ese Dios de quien soís y á quien deseáis amar os hará dichosos aún en este mundo. Trabajad por buscar el reino de Dios y su justicia, tomando por norte el amor á Cristo su Divino Hijo sacramentado, y veréis como todo lo demás os vendrá como por la mano (1).

(1) Math. VI. 33.

Omnipotente Señor, que veláis día y noche en ese dichoso tabernáculo: que nosotros, á fuer de agradecidos amigos, sintamos la fuerza divina necesaria para acompañaros en esas horas de soledad espantosa: que no seamos tibios y remisos en tu grato servicio: que te amemos, y honremos, y publiquemos tus eternas alabanzas en esta vida, para honrarte y amarte y hacerte feliz compañía en la eternidad de los bienaventurados. Amén.